

La competitividad en el siglo XXI requiere una sociedad libre y con acceso abierto al conocimiento.

La globalización económica iniciada como un recurso al alcance únicamente de aquellos con capacidad de acceso a la tecnología y a los conocimientos más avanzados; -lo que se denominó en su día "nuevas tecnologías"-, se ha vuelto universal, tanto desde la vertiente del alcance como desde el número de empresas y instituciones que pueden acceder a ella. Al menos, esto es así para la mayor parte del llamado "primer mundo" y ciertamente es así en nuestra casa. El hecho de la universalización es cada vez más posible gracias a la progresiva "democratización" de la tecnología telemática, y la apertura del conocimiento, un hecho que ha incentivado la evolución desde la globalización económica a la globalización social, no sólo de la mano de los instrumentos de comunicación reglados o regulados, sino también mediante las redes informales surgidas a través de internet y otros canales de comunicación y información que día a día llenan nuestro marco relacional. La globalización social lleva a la aparición de cambios culturales que por primera vez no van sólo acompañados de los intercambios comerciales o de la intervención en los asuntos políticos de otras naciones del mundo entero con episodios de menor o mayor violencia. Sirva como ejemplo la identidad cultural mediterránea con raíces fenicias, o la colonización europea de Asia y América modificando la cultura autóctona.

Ahora, el nuevo marco en el que se desarrolla la globalización social - y por tanto una cierta uniformización cultural, conjuntamente con una reafirmación identitaria- va estrechamente ligado a un doble componente: por un lado el desarrollo tecnológico y la deslocalización productiva, y por el otro los aspectos derivados del flujo informacional, que no entiende ni de horarios ni fronteras, y el del reclamo del bienestar y el hiperconsumo de ciertos países o colectivos.

Hoy en día hace falta considerar que esta cultura, como rasgo que caracteriza los colectivos humanos, enraizada en la globalización económica y social, va acompañada de otra cultura emergente que no tiene límites. Me refiero a la cibercultura, un hecho sociológico, talmente antropológico, que se produce en el ciberespacio, un hecho que no puede ser tratado como un hecho aislado o como una "curiosidad sociológica" sino que es una realidad que en gran parte es la que permite arraigar la cultura global y incentivar las transformaciones sociales que empujan de este a oeste y de norte a sur. Unas transformaciones aparentemente basadas en el **fluir libre del conocimiento en una sociedad abierta y plural.**

Una nueva sociedad, una nueva cultura que nace libre, independiente, anárquica, desregularizada y que en ciertos aspectos tiene mucho de creación primogénita, pero que se sustenta en el uso de los recursos no naturales, en conocimientos a menudo no públicos, sujetos a distorsiones y ruidos de fondo, y como tal muy sensibles a las políticas en cuanto al acceso a la información, los recursos y los mercados.

Como tal, una sociedad que para desarrollarse más allá del voluntarismo en los momentos primogénitos, necesita recursos, dado que su desarrollo y expansión pasan fundamentalmente por las capacidades de las sociedades prósperas y de las que pretenden serlo. Unas capacidades y una prosperidad que van más allá de sus

condiciones económicas y que tienen más a ver con sus **capacidades culturales colectivas**, en su preparación formal y informal para la nueva era, en su capacidad para entender y actuar coordinadamente con una perspectiva comuna y clara de la gran importancia del momento actual. Así, son y serán claves la capacidad de inversión, de generación de recursos, de voluntad de solidaridad, en la universalidad del acceso a los servicios y a los conocimientos, y en la asunción del bien supremo del conocimiento: algo que como más dás, más tienes. En su conjunto nos sitúa, en definitiva, ante el reto de asumir los nuevos paradigmas de la sociedad del conocimiento a caballo de los retos de la productividad; la investigación y la innovación; y la globalización.

En esta línea hay que entender y asumir que la irrupción de la revolución científicotécnica y el proceso de internacionalización y liberalización mundial origina nuevos desafíos políticos, económicos, culturales y sociales en todos lados. Lentamente los paradigmas que caracterizaban la sociedad industrial han ido cambiando al ritmo que han marcado las continuas olas de innovación, apoyadas en la tecnología computacional y telemática, acelerando el proceso de obsolescencia de las organizaciones sociales, empresariales y de las formas de ejercer el poder que los ciudadanos atorgan a las administraciones.

Todos percibimos que las reglas en las que se fundamentan las pautas de relación social, los modelos educativos, los procesos de generación de valor económico, los criterios para la toma de decisión, las conductas y los valores están cambiando. Ahora, con independencia del grado de formación y capacidad de discernir entre la falsedad o la certeza, los profesionales y los ciudadanos disponen de más información que cualquier generación precedente. El uso correcto de las informaciones, determina los potenciales de los individuos, de la misma manera que condiciona la capacidad de generar bienestar, progreso y competitividad a aquellos colectivos humanos que tienen la capacidad de acceder y utilizarlas con libertad. Estamos sumergidos en un proceso de cambio, que conforma lenta pero inexorablemente la nueva cultura que impregna los ciudadanos más comprometidos en la nueva etapa evolutiva que el mundo entero, y muy especialmente las sociedades prósperas y los ciudadanos con capacidad de acceder a la red, abordan sin tener bien definidos los retos y los desafíos a afrontar.

La globalización económica, social y informacional es un hecho. Ahora bien, la globalización y el mestizaje social no es nada nuevo, ya que la primera ola globalizadora se convirtió en una realidad a finales del siglo XIX y principios del XX (un proceso similar al de la globalización actual se produjo entre 1870 y 1914), y este es un hecho a considerar con tal de aprender de los errores y avanzar con paso firme hacia el futuro. El motor incentivador pasaba, igual que ahora, por aprovechar las diversas ventajas de los diferentes territorios con finalidad de incrementar los márgenes producidos en la actividad productiva. Entonces se buscaban básicamente las ventajas en cuanto al coste de la mano de obra y de materias primas. Ahora, a éstas, que siguen siendo importantes, se le suman los aspectos asociados a políticas de fomento de la actividad productiva, las políticas medioambientales, el potencial de desarrollo del mercado cercano, la formación de la gente, las actitudes de la población, la conectividad y las infraestructuras, y la capacidad de innovación. Podemos constatar que la ecuación se ha vuelto más rica y mucho más compleja, ya que cada vez hay más factores involucrados.

En aquel período, las tensiones sociales, y políticas condujeron a dos graves confrontaciones armadas mundiales que frenaron bruscamente el proceso, que no se reabrió hasta entrada la segunda mitad del siglo XX. Es por lo tanto, la segunda vez que se afrontan los retos derivados de la globalización económica y de paso la interrelación social, un hecho que hay que considerar. De un lado, es cierto que hay muchos factores nuevos, fundamentalmente aquellos derivados de la revolución informacional sustentada en las cuatro tecnologías que irrumpieron con fuerza en el último cuarto del siglo XX: la digitalización, la informatización, las telecomunicaciones y el formato multimedia, que han posibilitado la transformación, talmente el inicio de la transformación, de la economía industrial a la economía del conocimiento, y de otra parte la irrupción con fuerza de las relaciones humanas no pautadas o preestablecidas. También es cierto, por eso, que las pautas culturales y los desequilibrios sociales actuales no se distancian excesivamente de los que regían el panorama mundial a inicios del siglo pasado, a la vez que la cibercultura y las redes asociadas se encuentran, hoy por hoy, lejanas de los centros de poder real del planeta.

En este proceso continuado de liberalización y mundialización de la actividad económica, social, informativa y cultural que caracteriza la sociedad del conocimiento, se incrementan las distancias entre los diversos colectivos y territorios en función de su capacidad de aprovechar las oportunidades arraigadas en la misma, y a la vez se segmentan estos colectivos, en función de sus capacidades y tipología de los productos y servicios capaces de generar. Es en este contexto en el que la capacidad de acceso al conocimiento, y a las herramientas y útiles tecnológicos se convierte en crucial para desarrollarse individualmente y colectivamente alcanzando, o manteniendo, cotas de progreso y bienestar.

La sociedad actual, plural y desequilibrada, configura colectivos humanos heterogéneos y asimétricos, en los que su desarrollo pasa por la **competitividad** de cada uno de ellos. Plantearse los retos de la competitividad y afrontarlos se convierte en la piedra angular en la que se apoya el progreso y paralelamente la consolidación de toda sociedad independiente y libre. En este escenario, y considerando los países más avanzados, su economía debería centrar sus esfuerzos en mejorar su competitividad, en la capacidad de transformar la información en capital de conocimiento y gestionarlo de forma eficaz. En definitiva, hay que asumir que en los países más avanzados, la vía de progreso pasa por la competitividad basada en la innovación, en contrapunto a la de coste, una vía reservada para aquellos países que no han alcanzado aún los niveles de bienestar y progreso de los que dispone el primer mundo y que siguen basando su competitividad en unos costes de producción más bajos. Cataluña aún está sufriendo la adaptación de un modelo a otro y es en el éxito de esta transformación que nos jugamos el futuro del país.

La vía de la innovación, -como proceso para alcanzar nuevos productos y servicios, y optimizadora de los procesos productivos para alcanzar altas cotas de generación de valor- se fundamenta en la tríada **Ciencia, Tecnología y Diseño**, en contrapunto a la sociedad industrial que fundamenta su desarrollo en los recursos productivos y las materias primas. Este hecho varía de forma significativa el desarrollo y significado del

trabajo, y señala la pérdida de hegemonía de los parámetros rectores de la sociedad industrial.

En relación a la tríada Ciencia, Tecnología y Diseño, hay que constatar la importancia creciente del **diseño** en la sociedad actual, un hecho que no es nuevo pero que resurge con fuerza renovada en el último cuarto del siglo XX. A la tradicional y reconocida importancia del binomio Ciencia-Técnica de la era industrial y preindustrial, se sumó el diseño en aportar valor diferencial, entendido como “seducción de la forma y riqueza en contenido”, conjuntamente a la capacidad de evitar la exclusión por motivos culturales, formaciones o de género.

Un ejemplo de que el diseño es una cuestión que va mucho más allá de la estética, se evidenció en el seno de la sociedad del conocimiento y en los entornos sintéticos del ciberespacio. En el ciberespacio –una página web, la sede electrónica de un congreso como éste, un sistema de mensajería electrónica, un sistema de aprendizaje electrónico, una red de dispositivos de videoconferencias, etc.-, en tanto que espacio completamente artificial, la cuestión del diseño pasa a ser, sin ningún tipo de duda, un aspecto de primer orden. La forma en que imaginamos y producimos un ciberespacio para ser usado, para sus usuarios, determinará en última instancia quien puede acceder, quien se puede beneficiar, quien lo aprovechará y hasta qué punto será un espacio de inclusión o exclusión social.

En este contexto determinante del diseño, se fundamenta la opinión cada vez más aceptada que el diseño ya no es sólo un valor estético, sino al contrario: es básicamente un **valor estratégico** para las empresas y organizaciones avanzadas, a la vez que para los colectivos humanos la herramienta básica para hacer posible la **sostenibilidad**, que no es más que enfocar la solución de los problemas y necesidades de hoy de manera que no se comprometa o impida el desarrollo y progreso de las próximas generaciones. Una cosa que obliga tanto a la minimización del impacto medioambiental de los productos, como a la óptima utilización de los mismos. En esta línea se convierte en crucial entender que deberíamos ultrapasar los ajustes centrados en la minimización del impacto ambiental de las industrias, y el proceso y reciclaje de los residuos; hay que entomar los problemas derivados de su uso, ya que la mayor parte de la malversación de recursos y contaminación se produce en esta fase del ciclo de vida del producto, y no sólo al principio y al final en el que el impacto acostumbra a estar tan sólo entre el 10 y el 20% del total. A modo de ejemplo podemos recordar los aparatos de refrigeración o los vehículos con motores de explosión.

La función y la necesidad del diseño en general, entendido fundamentalmente como un tercer componente del proceso de innovación y elemento que armoniza el desarrollo del hoy y del mañana, se evidencia con fuerza renovada cuando se analiza el incuestionable cambio climático con independencia de que el origen de sus causas sea el hombre, la sobreexplotación del planeta, la malversación de los recursos, o los ajustes periódicos al que es sometido el planeta tierra, entendido como el “elemento vivo” según la teoría Gaia.

Hoy en día se asumido que el cambio climático es un hecho con implicaciones económicas inmensas y con consecuencias impredecibles para el desarrollo humano.

Pero si es incuestionable la importancia del impacto, de acuerdo a los informes que se van conociendo desde diferentes sectores, también es cierto que el hombre puede y debería trabajar para evitarlo, minimizando los efectos negativos que puede tener sobre la salud, el desarrollo social y la economía.

He querido poner de manifiesto algunos aspectos, que seguramente permiten y requieren debate, pero que evidencian la importancia del diseño, y que me permiten manifestar, que muchos somos los que creemos que el diseño, que ha sido capaz de convertirse en el eje vertebrador de la inclusión de los avances científicos y tecnológicos en los productos, servicios, y procesos, se posiciona ahora como la piedra angular para afrontar la multiproblemática actual. Una problemática sólo abordable con un proceso sistemático, continuado y riguroso de innovación, desarrollado para equipos plurales y heterogéneos que asumen con plenitud el potencial cuando simbióticamente se gestiona el avance científico, el desarrollo tecnológico y el diseño. La forma en que imaginamos y construimos las “cosas” para ser usadas, es una tarea de una enorme responsabilidad y el diseño tiene y tendrá una importancia crucial, que se traducirá en el modelo de acceso al conocimiento y en el modelo de sociedad que viviremos. De cómo lo hagamos se derivará construir una sociedad equilibrada social y ecológicamente, o todo lo contrario.

Asumida la importancia determinante por lo que respeta a la construcción del futuro del diseño, utilizado simbióticamente con la ciencia y la tecnología, deberíamos aceptar que a pesar del potencial que aporta al proceso innovador, la innovación no es suficiente para competir en la economía del conocimiento. Hay que aplicarla a una finalidad clara que es la mejora continuada en un entorno complejo, asimétrico, cambiante y desregularizado. Es en este sentido en el que la tríada **globalización, productividad y innovación** se convierte en la clave para alcanzar la competitividad. Una tríada compleja en cuanto a su gestión, que requiere buscar el equilibrio óptimo entre los diversos componentes para cada valor o nivel de competitividad posible, ya que la composición de los componentes en un determinado momento, condiciona el valor o nivel de competitividad del futuro. Identificar los componentes, y dar el peso óptimo a cada uno de ellos en la ecuación a resolver es el objetivo a alcanzar para ganar el reto de la competitividad, y la vía para generar los recursos que garanticen el avance libre de las sociedades.

Hay que comprender que **la globalización** ultrapasa el concepto de internacionalización tal y como se entendía hasta que la interdependencia, la apertura de los mercados y la liberalización modificó el escenario y obligó a entenderla como la capacidad de distribuir el proceso a lo largo del planeta, simultáneamente a disponer de productos aceptados y reconocidos en diversos mercados. Así pues, asumir la globalización y extraer las ventajas comporta la gestión simultánea de los conceptos, tangibles y intangibles, que limitan y definen en primer lugar la localización de la producción, y la logística asociada, en segundo lugar la internacionalización del producto, y en tercer lugar, la capacidad de convertirse en referente en cuanto a los servicios y los productos, merced al valor de los mismos y la calidad del servicio. Un reto complejo al alcance sólo de aquellos que impregnan la organización de conocimiento compartido y trabajo en equipo.

La productividad que se fundamenta en las infraestructuras y su aportación a la interrelación y conexión al mundo. El equipo humano que configura la organización en la que coexisten liderajes, compromisos, habilidades, conocimientos y actitudes. Y finalmente el entorno o el territorio en el que se desarrolla la actividad, el espacio en el que las personas crecen profesionalmente y socialmente. Sólo con armonía y el equilibrio de los diversos componentes que configuran las infraestructuras, el equipo humano y el territorio, la productividad alcanza cotas óptimas.

En relación a **la innovación** hay que plantearla como innovación integral, que comporta aplicarla a producto, organización y proceso, que obliga a gestionar y considerar aspectos científicos y técnicos, culturales, conocimientos y formación de las personas, mecanismos de toma de decisión, capacidades de interrelación y cooperación, etc... Todo un conjunto de hechos, que se centran en la capacidad de las personas y su talante muy vinculado a la cultura que impregna sus actuaciones. La innovación requiere de una actitud específica, a nivel individual y colectivo, que no puede huir de asumir riesgos, de saber que todo tiene una fecha de caducidad y que quizás la utopía de hoy no lo será mañana.

Se puede concluir, que la competitividad fundamentada en los conceptos anteriores, única vía para las sociedades prósperas, requiere disponer de personas altamente formadas y capacitadas en conocimientos abstractos, para posibilitar continuar desarrollándose comprendiendo y incorporando los avances científicos; también en conocimientos instrumentales que permitan extraer con eficiencia y eficacia las potencialidades de las herramientas tecnológicas; y en valores actitudinales, de importancia creciente, para facilitar el trabajo interdisciplinario en equipos heterogéneos y plurales que afronten con libertad la obsolescencia y con compromiso la mejora de lo existente y la creación de lo nuevo.

Así pues, quisiera finalizar enfatizando la complejidad en la que se enraiza la competitividad, pero a la vez expresar la convicción de que la competitividad se convierte en la clave de una sociedad globalizada con independencia de la dimensión del país o de la organización. Una competitividad basada en el factor humano, o capital social, en el **talento de las personas**. Un talento, pero, que sólo puede aflorar si se desarrolla en libertad, pluralidad y con un acceso al conocimiento abierto y compartido.

Antoni Garrell i Guiu

Presidente del Cercle per al Coneixement

www.cperc.net

Director General de la Fundació per l'ESDI

17 de noviembre de 2006